

DE LA AUTORA DE *you*

**ESTELLE MASKAME**

HOLLYWOOD

# CRUSH

**CUANDO  
TE CONOCÍ**

CROSS  
BOOKS

1

ESTELLE MASKAME

# CRUSH

CUANDO

TE CONOCÍ

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Becoming Mila*  
© del texto: Estelle Maskame, 2021  
Publicado originalmente por Ink Road, en 2021. INK ROAD es un sello  
y marca de Black & White Publishing Ltd.  
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agency  
© de la traducción, María Cárcamo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: mayo de 2022  
ISBN: 978-84-08-25391-4  
Depósito legal: B. 6.328-2022  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como  
papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema  
informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito  
del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra  
la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o  
escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web  
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1

Pues la he cagado.

La he cagado pero bien.

No puedo hacer nada para intentar calmarme; me lamento bajo el peso de mis remordimientos y lucho contra la migraña que me taladra la cabeza. Y es que, después de la meditación de pata de anoche, me merezco sufrir.

La estancia está en silencio, solo se escucha el murmullo del aire acondicionado, y miro fijamente una mancha que ensucia el mármol blanco de la mesa del comedor.

—¿Cómo vamos a arreglarlo? —Ruben suspira frustrado.

Se le ha acabado la paciencia conmigo, y ha dejado más que claro lo cansado que está de estas reuniones imprevistas de control de daños.

—Tu trabajo es, precisamente, arreglarlo —le suelta mamá tecleando nerviosa en su móvil—. Así que ya puedes empezar a pensar.

—Marnie, hay un límite de indiscreciones que podemos esconder bajo la alfombra —responde él—. La prensa se está percatando muy rápidamente de que tu hija se está convirtiendo en una fuente de ingresos muy fiable.

Consigo aguantarme las náuseas lo suficiente para dejar

de mirar la mesa durante un segundo. Ruben me da la espalda, muy concentrado en su MacBook, que se encuentra sobre la encimera de la cocina. Mamá está inmersa en sus teléfonos móviles, alternando continuamente la atención entre los dos: uno para los negocios y el otro de uso personal. A estas horas intempestivas de la mañana, ya ha tenido tiempo, no sé cómo, de secarse el pelo y maquillarse mientras lidiaba con la última crisis publicitaria. También hay dos mujeres de la productora; creo que son ejecutivas o algo así, pero no sé cómo se llaman. Lo único que sé es que están tremendamente enfadadas.

—¿No podemos decir que fue un episodio de vértigo?  
—sugiere una de ellas.

Se queda mirándome fijamente hasta que yo aparto la mirada.

—Sí, claro, seguro que funciona —ironiza Ruben.

Se da la vuelta apretando la mandíbula. Lleva diez años con nosotros, pero todavía me sigue asustando muchísimo de vez en cuando. Suelta el ordenador sobre la mesa enfrente de mí e inclina hacia atrás la pantalla.

—Mira —dice, pero yo estoy demasiado avergonzada para leer los titulares—. Mila, mira —me ordena.

Noto cómo el calor se extiende por toda mi cara y miro la pantalla a regañadientes. Hay varias ventanas abiertas, todas minimizadas en pequeños cuadrados que cubren todo el espacio; veo un montón de palabras borrosas que me aprietan cada vez más el pecho.

¿LA HIJA DE EVERETT HARDING SE HA VUELTO  
UNA SALVAJE?

MILA HARDING MONTA UNA ESCENA EN LA RUEDA  
DE PRENSA DE ZONA CONFLICTIVA: SIN RETORNO.

¿ES LA SUPERVISIÓN PARENTAL EL PUNTO DÉBIL  
DE EVERETT HARDING?

—Lo siento —susurro, afónica por la deshidratación, lo que me hace parecer débil e insincera.

—Las disculpas no van a callar a esos buitres —suelta Ruben, y se vuelve a retirar con el ordenador. Lo deja sobre la encimera y dirige ahora su ira contra las ejecutivas de la productora—. Y a vosotras ¿qué os hizo pensar que era una buena idea darle champán a la hija adolescente de Everett en un evento de ese calibre? —les pregunta—. Alguien que ya no debería trabajar para vuestra empresa, sinceramente.

—Nadie me dio champán —intervengo tímidamente, más que nada porque ya me siento lo suficientemente mal sin necesidad de arrastrar a nadie más conmigo al fango. Además, no hay nadie a quien culpar. Tomé mis propias decisiones, lo que significa que el error fue solo mío—. Las copas ya estaban llenas. Yo cogí una cuando nadie me estaba mirando, ya está.

Ruben me lanza una mirada de indignación por encima del hombro.

—Mila, ya tienes una edad y sabes perfectamente cómo tergiversa la prensa el más mínimo tropiezo. Se les dibuja el símbolo del dólar en los ojos. No tienen una pizca de piedad, sobre todo si la que comete el desliz es la hija de Everett Harding.

Suena un teléfono. Una de las ejecutivas sale de la estancia ladrando órdenes.

—Lo siento —repito.

No sé cuántas veces me he disculpado desde anoche, pero parece que no las suficientes. Además, ¿qué otra cosa puedo hacer? Me muerdo el labio inferior y vuelvo a mirar la mesa, esforzándome para que no se me salten las lágrimas.

—Ya lo sé, cariño —dice mamá. Suelta los dos teléfonos y se me acerca, pasándome un brazo sobre los hombros. Huele a flores frescas de primavera—. Desde un punto de vista general, que los adolescentes experimenten es un rito de iniciación. No estoy enfadada contigo, simplemente... —Apoya la barbilla en mi hombro y exhala, haciéndome cosquillas en el cuello con su respiración. Baja la voz—. Otras chicas pueden permitirse meter la pata de vez en cuando. Tú no. Todo el mundo está pendiente de nosotros. Y, ahora mismo, más que nunca, el foco está iluminándonos con un poco más de intensidad.

Empiezo a llorar entre sus brazos cálidos y perfumados.

Las demás veces que la he cagado no han sido nada comparadas con esta última. Cuando les hice una peineta a los *paparazzi* desde el asiento del pasajero de nuestro Range Rover porque se me olvidó que los cristales no estaban tintados, Ruben casi me estrangula. Y el mes pasado, cuando me peleé por Twitter con una modelo fracasada, Ruben me castigó dos semanas sin redes sociales. Pero ahora esas travesuras no parecen tan importantes, porque las gracietas de anoche fueron completamente de otra liga.

Te pongo en situación: rueda de prensa del lanzamiento de uno de los taquillazos del verano, la campaña de marketing para la tercera entrega de la serie de películas de *Zona conflictiva* está en pleno apogeo, un lujoso cine de Beverly Hills repleto de periodistas con un montón de preguntas preparadas. La mayoría del elenco principal va a asistir, pero el protagonista, Everett Harding, y su glamurosa coprotagonista, Laurel Peyton, son quienes están en boca de todos. En el escenario, el elenco se ríe con el público, responde a sus preguntas y comparten su pasión por la película. Mientras tanto, entre bambalinas, la productora está de celebración. El champán corre un poco demasiado libremente. La esposa de

Everett Harding se mueve con elegancia, conversando con los ejecutivos y haciéndole fotos entre bastidores a su marido para compartirlas más tarde en las redes sociales.

Y ahí estoy yo, su hija, que comete el tremendo error de adolescente principiante de beber champán a escondidas en una fiesta del mundillo y que ya de por sí está sometida a un escrutinio extremo. Debería haberlo pensado mejor, pero como estoy entre bambalinas, supongo que nadie se dará cuenta.

Mal hecho.

El evento termina con un ensordecedor aplauso. Mamá tira de papá y le da un abrazo tambaleante en cuanto aparece entre bastidores, y Ruben llama a nuestro chófer para que acerque el coche porque papá está demasiado cansado después de todo un día de entrevistas como para quedarse a socializar. Ruben me coge y me arrastra por la puerta trasera, detrás de mis padres, hasta los deslumbrantes *flashes* de los  *paparazzi* y sus cámaras. «Son como chispas en el cielo», pensaba cuando era más pequeña. Pero ahora me parecen luces cegadoras.

El aire fresco me golpea demasiado fuerte. Me tropiezo con mis propios pies, golpeo a mi madre y me caigo contra las vallas que nos separan de los periodistas. Papá escucha el alboroto y se gira para sujetarme, pero Ruben lo mete de un empujón en la furgoneta. Mamá desaparece detrás de él dentro del vehículo y, para cuando Ruben vuelve para recogerme, estoy de rodillas sobre el hormigón, tratando de ponerme de pie. Siento unas náuseas repentinas por todo el cuerpo, demasiado intensas como para reprimirlas. Vomito mientras intento recordar cuántas copas de champán me he metido en el cuerpo.

Las cámaras brillan cada vez más y los clics de los obturadores resuenan en mi cabeza. Un montón de voces gritan varias cosas a la vez. Algunas dicen mi nombre con la espe-

ranza de que mire directamente a sus cámaras para obtener la fotografía perfecta; otros lanzan preguntas groseras esperando provocar una reacción aún más inapropiada.

Ruben me coge por los codos y me levanta del suelo. Con un brazo arriba, aparta a las cámaras mientras me empuja hasta la furgoneta, me mete dentro y cierra la puerta de un golpe. El ruido exterior se amortigua, pero las manos siguen golpeando las ventanas.

—¡Mila! —exclama mamá poniéndose de rodillas en el suelo y agarrándome la cara mientras mi cabeza se balancea. Me mira, todavía con el maquillaje impoluto, muy sorprendida—. ¿Estás bien? ¿Qué has...?

Pero es papá quien termina la pregunta. Con una profunda mirada de incredulidad, suelta:

—Pero ¿qué coño pasa? ¿Has bebido?

La he cagado.

Y ahora que ya es la mañana siguiente, todo parece cien veces peor. Los titulares arrastran el nombre de los Harding. Hay fotos por todo internet. He dejado a mi padre en ridículo.

—Este tipo de cosas están ocurriendo demasiado a menudo —se queja Ruben desde la cocina. Entiendo que esté enfadado. Es el mánager de papá, le pagamos para que gestione nuestras vidas, pero yo no se lo pongo fácil, ya que no paro de agitar el avispero que es la prensa rosa—. Quedan cuatro semanas para que se estrene la película. Que aparezcan fotografías de Mila Harding vomitando en una rueda de prensa en todas las revistas y programas de cotilleo no nos hace ningún favor.

—No nos deberíamos estar encargando de la mala prensa de nuestro protagonista masculino cuando queda tan poco para el lanzamiento —añade la ejecutiva de la productora que aún sigue en la estancia.

Cruza los brazos y me mira fijamente. No tiene ningún

interés personal en nosotros como familia, lo único que le preocupa es la cantidad de dólares que la película recaude en taquilla.

—Además, las clases ya han terminado, lo que quiere decir, señorita, que estarás más a menudo bajo el escrutinio público —dice Ruben, frotándose la barbilla como si estuviera pensando muy intensamente.

Me seco las lágrimas de las mejillas y me libero del abrazo de mamá. Me siento recta, sorbo la nariz y miro a Ruben directamente a los ojos.

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo?

Él se encoge de hombros.

—Lo ideal sería que desaparecieses las próximas semanas, para que nadie tenga que preocuparse de evitar que te conviertas en la nueva amiga de la prensa rosa.

—Ruben —susurra mamá, colocándose una mano sobre el brazo y apretando muy fuerte, como si quisiera protegerme de sus palabras. La mirada que le lanza es de todo menos amable.

—¿Qué? ¿Se te ocurre algo mejor, Marnie? —señala él, irónico.

La puerta de la cocina cruje. A través de los ojos hinchados, veo a mi padre apoyado en el marco de la puerta. Se ha puesto sus gafas de sol favoritas, probablemente porque tiene la vista cansada y sensible tras el día tan ajetreado de ayer; y lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón vaquero. Nos quedamos todos en silencio, sin saber muy bien cuánto tiempo lleva escuchando en el pasillo. Mamá me agarra la mano.

—Mila —dice papá aclarándose la garganta. Tiene la voz grave y ronca (uno de los motivos por los que se le da tan bien vender la imagen de galán mundial), pero aún más por las mañanas. Se quita lentamente las gafas de sol y me mira

con sus ojos oscuros. Los tiene rojos y pesados por la falta de sueño—. Creo que lo mejor será que te vayas a casa un tiempo.

—¿A casa? —repite mamá al mismo tiempo que a mí se me encoge el corazón en el pecho—. Esta es nuestra casa, Everett. La casa de Mila está aquí. Con nosotros. Vamos a hablarlo antes de...

—Ruben, prepara el viaje —dice papá, pisoteando las protestas de mamá. Sigue mirándome fijamente y le noto un ligero remordimiento en los ojos. Entonces se coloca de nuevo las gafas de sol y dice tranquilamente—: Mila, haz las maletas. Pasarás el verano en Tennessee.